

Pérdidas y ganancias

Esta es la historia de Emanuel, su hermano Lucas y de Marcos y su hermano Mateo.

Ellos llegaron al pueblo para trabajar durante los tres meses de temporada repartiendo cereal.

Estos cuatro amigos tenían cada uno cincuenta sogas tejidas a mano por Marisa, la artesana de la comarca. Eran sogas únicas, y no había otras como ellas. No eran largas, no. Apenas tenían cuatro codos de largo cada una, y terminaban en gruesos flecos.

Todas las mañanas subían a su carro e iban a comprar cereal al depósito de Gabino.

Cada gavilla de cereal debían pagarla diez coronas.

La operación era simple: tomaban cada una de las sogas, ataban todo el cereal que podían e iban cargando en su carro, una a una, las cincuenta gavillas que ataba cada uno de ellos. Una vez que el carro estaba cargado, partían rumbo al pueblo.

Una vez en el pueblo, cada uno repartía las gavillas entre sus clientes, los cuales pagaban once coronas por cada atado.

El mantenimiento del carro les costaba quince coronas a cada uno de los cuatro amigos, cada día de trabajo, siete cada semana.

Así transcurría la vida de estos cuatro amigos, hasta que uno de ellos, Lucas, enfermó.

Su hermano Emanuel se solidarizó con él; y acordaron unificar sus pérdidas y ganancias, y Lucas le entregó a Emanuel sus cincuenta sogas.

La siguiente mañana, sólo tres hombres abordaron la carreta, cargaron las gavillas y al volver al pueblo las repartieron. Ahí fue donde Emanuel extrañó más a su hermano: fue cansador atar y cargar cien gavillas en lugar de cincuenta, pero aún peor era repartirlas.

Al atardecer fue a la Doctora Miriam y le pagó diez coronas por los gastos de atención hacia su hermano.

Por la noche Emanuel y Lucas conversaron y buscaron alguna idea que los ayudara a sobrellevar tan duro trance.

Estos cuatro amigos eran muy austeros. Sus gastos diarios eran de diez coronas por día cada uno. El resto lo guardaban para llevárselo a su familia cuando terminaran los tres meses de trabajo.

Cuando Lucas enfermó, al mes de su estadía en el pueblo, cada uno de ellos tenía quinientas coronas, y ya habían pagado los gastos de viaje y estadía.

Más temprano que de costumbre, Emanuel se levantó a la mañana siguiente y contrató a Erica, quien por cinco coronas unió, por los flecos, cada sogá de Emanuel con cada sogá de Lucas.

Así, pensó Emanuel, será más fácil cargar las gavillas en el carro.

Por supuesto, Gabino le cobró veinte coronas el atado, porque ahora eran dos sogas cada atado.

Al volver al pueblo, Emanuel se dio cuenta que no podía repartirlas de ese modo. Entonces llamó a Sabrina para que desatara y atara gavillas con una sogá cada una, y le pagó diez coronas por su trabajo, y, mientras lo hacía, Emanuel repartía las gavillas entre los clientes, aunque tuvo que requerir la ayuda de Martín en esa tarea, y éste recibió veinte coronas por su jornal.

Al fin del día, Emanuel le llevó diez coronas a la Doctora Miriam por los gastos diarios de atención hacia Lucas.

Así transcurrieron en adelante los cincuenta y nueve días que quedaban de trabajo. Finalizados éstos, los cuatro amigos pagaron el impuesto de trabajo, setecientos ochenta y cinco coronas cada uno; y partieron a sus casas en la montaña. Por suerte Lucas se había aliviado y no necesitaba continuar el tratamiento médico, sólo debía descansar una semana al cuidado de los suyos. Su familia. Quien compartió con Emanuel y con Lucas penas, alegrías, ganancias y pérdidas. Y . . .

Y quizás, nada es como parece. Quizás son sólo sombras los cálculos que el lector intenta realizar.

Juan Carlos Serruya